

VIVIR EN UN PUEBLO

No resulta fácil vivir en un pueblo, no señor. En la ciudad es otra cosa: casi nadie te conoce y si con alguien te enfadas, pues te buscas a otros y ya está. No hay que preocuparse de más.

En cambio aquí, nada más estornudar ya sabe todo el mundo que te has resfriado y, si fue por casualidad, te costará meses convencerlos de que no era cierto. Y cuando creas haberlo conseguido, siempre habrá alguien que te diga “pues estás muy bien después de la pulmonía que pasaste en invierno ¿no?” ¡En fin, así son las cosas!

Cuando llegué aquí, la cosa no pudo ir mejor. Yo era la novedad y todo el mundo andaba pendiente de mí: que si un café, que si el baile, que si el colegio...parecía que todo era poco para mí. Cuando vieron que yo no era cosa del otro mundo, caí en el más absoluto de los olvidos y, sinceramente, llegué a preocuparme. No era agradable ver cómo dejaban de existir los cafés, los bailes y los colegios casi de repente. Pero había que continuar viviendo y opté por hacerlo como si nada hubiese ocurrido.

Un amigo, también de fuera pero con más tiempo de rodaje en el pueblo que yo, me dio la clave del asunto: “Fuiste la novedad, pero ahora que te conocen algo, como no eres uno de ellos, de los de siempre, no interesas. No tienes nada en común con las gentes de aquí y no pueden hablar contigo porque a cada rato tendrían que darte explicaciones sobre el pasado. Por otra parte, hay cosas que sólo se hablan con gente que las ha vivido con uno.”

Total, que lo mío no tenía remedio pues era imposible conseguir un pasado común a no ser que...!Si, esa era la solución!

Como ya he dicho, seguí mi vida como si no hubiese tenido otra antes fuera del pueblo. Mi trabajo en el instituto me permitía hacer una serie de cosas que a los demás les están vedadas: contactar con los chicos, con los padres, con profesores, conferencias, reuniones, relación con el librero y el bibliotecario...Estudí el pueblo, su historia y costumbres. Participé en las fiestas, fui a entierros e incluso felicité a recién casados que no me había invitado a su enlace.

Poco a poco la gente fue acostumbrándose a mí...y yo a ellos. No volví a ser el personaje de moda, pero sí dejé de estar olvidada. La lucha por la integración (como lo llaman ahora) comenzó a dar sus frutos el día que un forastero creyó que yo no lo era.

No fue fácil, no señor. De vez en cuando aún seguía pesando mi pasado fuera, aunque en otros aspectos resultase una ventaja, ya que la gente me contaba lo que quería y yo no podía llevarles la contraria pues no sabía nada de sus vidas hasta mi llegada.

Está claro que hubo chismes, chismes a montones de los unos sobre los otros y de casi todos sobre mí, pero eso es inevitable. Sé lo peor de cada familia contado por sus vecinos y lo mejor contado por ellos mismos. Unas veces la voz del pueblo es sabia y comprobé las historias. Otras, en cambio, venían tan teñidas de envidias y viejos rencores que el “culpable” resultó ser un auténtico infeliz y, por si fuera poco, hasta “inocente”.

En cuanto a mí, descubrieron ciertos puntos flacos y otros se los inventaron (aún hay quien cree que fui madre soltera y dejé a mi hijo en una inclusa). También es cierto que valoraron algunas de mis virtudes y en ciertos aspectos me consideraban un ser superior (no he logrado hacerles entender que “fuera” hay gente que sabe de libros mucho más que yo y no son precisamente genios). Pero la historia se escribe así y nadie puede evitarlo.

Han ido transcurriendo los años, mis hijos son de aquí “de toda la vida” y ya no sólo los forasteros sino mucha gente de este pueblo cree que yo también lo soy. Olvidaron conmigo mi vida anterior y recuerdan casi exclusivamente las cosas que hemos compartido: las reuniones, los bailes, los cafés, la epidemia de gripe, la nevada, la inauguración de la carretera, el entierro de D. Fermín y otras muchas cosas más.

Confieso que mi cargo en el Instituto me ha dado cierta “importancia”, así como el trabajo de mi marido y el que no se hayan podido probar los rumores sobre nuestras desavenencias.

Por otra parte, mis hijos son una garantía de “continuidad”. Siempre viste mucho el que haya alguien de fuera que no quiera irse, pues eso significa que el pueblo lo merece.

Y esta es mi historia. Tal vez lo más hermoso que he oído decir de mí fue en la entrega de premios del Casino, cuando pronuncié unas palabras sobre los

galardonados. Entre los aplausos distinguí una voz que decía: “Habla muy bien, pero la pobre no es de aquí ¡es una lástima!”.

Vivir en un pueblo no es fácil, no señor, pero nadie ha dicho que no tenga su encanto ¿verdad?

Mercedes V. L., profesora (*primer premio del 3º grupo*)